

Representación pictórica de la presbicia

Diego Garrote Valero¹
Ana Belén Gargantilla Madera²

¹DOO. Coleg. 16.854. Licenciado en Historia

²DOO. Coleg. 11.196

La presbicia, conocida comúnmente como vista cansada, es una alteración funcional de nuestro sistema visual, el cual comienza progresivamente a tener dificultades para acomodar objetos cercanos. Según envejecemos, nuestra amplitud de acomodación disminuye gradualmente, llegando a generar problemas en visión próxima alrededor de los 40-45 años.

Aunque se han barajado diferentes hipótesis los expertos en el tema coinciden en que tal condición se debe a una combinación entre varios factores, tales como la fatiga del músculo ciliar, el aumento de rigidez del cristalino así como los cambios que se producen en esta lente con el paso de los años: forma más curvada e índice de refracción menor¹.

Aunque la presbicia es un término bastante relativo en cuanto a su aparición, pues depende de factores tales como la refracción del sujeto, la distancia de trabajo en cerca cotidiana o sus costumbres lectoras, podemos indicar que la práctica totalidad de personas que alcanzan los 50 años sufren molestias notorias que les impiden realizar tareas en distancias cortas de manera confortable.

La aparición de gafas en la Edad Media para compensar la presbicia supuso un gran avance para el mundo intelectual, pues permitió que muchos sabios continuaran su labor académica o investigadora durante más años de los que sus ojos les permitían. Y el mundo del arte se hizo eco de este avance, plasmándolo de forma notoria a partir del siglo XIV. A través de cuatro obras pictóricas podremos observar los síntomas y las soluciones que se aplicaron, en épocas pasadas, a este problema visual.

Uno de los síntomas más evidentes de la presbicia es la incapacidad para enfocar objetos próximos de manera cómoda. De forma inconsciente, los pacientes que la sufren alejan el texto a leer de sus ojos, compensando de esta forma el alejamiento de su punto próximo de



Figura 1. *San Jerónimo en su estudio.* (1474-75). Antonello da Messina. National Gallery, Londres (UK).

visión. Igualmente, buscan la mayor iluminación posible con el objeto de que sus pupilas se contraigan al máximo, lo que también les ayuda al enfoque.

Este primer síntoma lo podemos apreciar en la obra de Antonello da Messina titulada *San Jerónimo en su estudio* (Figura 1).

En ella vemos al primer traductor de la Biblia al latín sentado en su estudio leyendo. Para cualquier optometrista no puede pasar desapercibida la postura del santo, quién se encuentra bastante alejado de la mesa y sostiene el libro con los brazos totalmente ex-

tendidos. La superior iluminación del atril donde se encuentra, respecto al resto de la sala, también nos hace sospechar en la necesidad de abundante luz para poder leer. Todo ello, nos hace sospechar que San Jerónimo fue retratado siguiendo un modelo en el cual ya comenzaban a aparecer los primeros síntomas de la presbicia.

San Jerónimo fue un santo muy representado por los artistas renacentistas, pues se consideró un intelectual en su tiempo. De forma habitual se le muestra leyendo en su estudio o escribiendo la traducción de la Biblia. Además de los libros, se le suele representar vestido con el traje cardenalicio rojo y acompañado de un león, que simboliza su episodio a orillas del río Jordán. No obstante, la leyenda fue atribuida a San Jerónimo por error, pues en verdad pertenece a San Gerásimo².

A partir de la invención de las gafas en la Edad Media, la mejor solución para compensar los síntomas de la presbicia era adquirir uno de estos instrumentos ópticos. No obstante, al contrario de lo que se suele pensar, estos primeros anteojos no eran nada cómodos. Se trataba de un par de lentes de vidrio biconvexas, bastante gruesas y pesadas, insertas en unos aros redondos de madera que poseían unos mangos rectos unidos por un remache. Más tarde, los modelos mejoraron realizando puentes más curvos y monturas más gruesas y resistentes.

En la representación de Virgilio realizada por el pintor alemán Ludger tom Ring el Viejo (*Figura 2*) podemos observar la incomodidad de estos primeros modelos de anteojos. La sujeción en la nariz era escasa y el peso de los vidrios obligaba a sujetarlos con la mano, lo que al final terminaba siendo un auténtico engorro.

Esta obra pintada sobre un panel, formaba parte de un conjunto de 15 que fueron colgadas en la Catedral de Münster y que representaban diversos profetas y videntes paganos. La intención era incluir a sabios del mundo antiguo dentro del mensaje cristiano. Virgilio, tal como aparece escrito en la balaustrada inferior de la obra, se consideraba el “más famoso de todos los poetas”. Aunque romano, los vestidos orientales enfatizan su carácter extranjero y pagano. La evolución de las monturas para suplir estas dificultades fue notoria, llegando a una solución aceptable con la aparición de los anteojos de puente fijo redondeado que se sujetaban en la nariz como si de una pinza se trataran. Son los anteojos que en España conocemos con el nombre de Quevedos y que aparecieron hacia el siglo XVI.

La típica visión del presbita usuario de gafas para cerca la tenemos en uno de los más famosos autorretratos de Chardin. En esta obra podemos ver la característica posición de una gafa para cerca, en la punta de

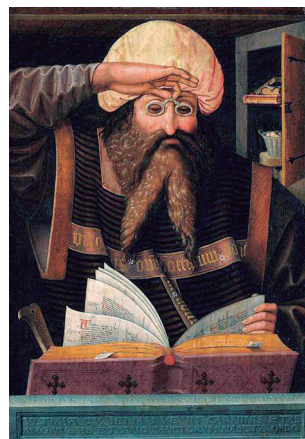


Figura 2. *El poeta Virgilio.* (1538). Ludger tom Ring el Viejo. Westphalian State Museum of Art and Cultural History, Münster (Alemania).

la nariz, con el objeto de no molestar la visión de lejos. Chardin fue el más importante cultivador de la pintura de género francesa del siglo XVIII, destacando por su exactitud e intemporalidad³. Hacia el final de su vida se decantó por la técnica de pintura en pastel, siendo este autorretrato una de sus mejores obras. El abandono de la pintura al óleo y el cambio al pastel estuvo motivado por un problema de salud propio de su profesión: el pigmento blanco de plomo, tremendamente tóxico, había dañado su vista⁴. No obstante, como vemos, aún fue capaz de realizar grandes obras de arte a pesar de su progresiva ceguera. La presbicia es un problema fisiológico que empeora con el paso del tiempo. La amplitud de acomodación disminuye de 4 a 1 dioptrías entre los 45 y 60 años. Y teniendo en cuenta que “cuando la cantidad de acomodación utilizada para tareas precisas excede más de la mitad de la amplitud total, la persona comienza a experimentar fatiga y períodos intermitentes de visión borrosa”⁵, podemos entender la necesidad de ir cambiando de graduación según avanza esta anomalía visual.

El momento en el cual los pacientes presbíteros vuelven a la óptica a cambiar sus lentes fue retratado, de forma magnífica, por el pintor alemán Carl Spitzweg. En una de sus obras más famosas y apreciadas por los alemanes⁶, titulada *El Pobre Poeta* (*Figura 4*), podemos observar la postura típica de un presbita con necesidad de cambiar sus gafas de lectura.

Si observamos atentamente la escena comprobamos que el protagonista mantiene su lectura bastante alejada, sosteniendo las hojas con las piernas. También tiene un libro abierto a su izquierda, para realizar puntuales consultas, a una distancia nada cómoda salvo para un presbita cuyo punto de enfoque se alejó hasta el extremo final de sus brazos.

Además, tiene las gafas en la punta de la nariz, no porque precise utilizar su visión de lejos, sino por la necesidad de otorgar mayor potencia dióptrica a su sistema visual. Como bien sabemos los optometristas, el usuario de lentes positivas hipocorregido ➡



Figura 3. *Autorretrato con gafas* (1771) Jean-Siméon Chardin. Museo del Louvre, París (Francia).

➡ necesita alejar la lente del ojo para compensar, parcialmente, su ametropía⁷.

Este pequeño cuadro, cuyo original fue robado del Palacio berlinés de Charlottenburg en 1989, puede admirarse, por medio de una copia, en la Neue Pinakothek de Múnich (Sala 11a).



3. García Melero JE. Historia del Arte Moderno. Vol. IV. El arte del siglo XVIII. UNED: Madrid; 2008: 171-174.

4. Baetjer K y Shelley M. Pastel Portraits: Images of 18th-century Europe. Metropolitan museum of art: New York; 2011: 22.

5. García GE. Manual de Refracción. Masson-Salvat. Medicina: Barcelona; 1992: 85-86.

6. Aguayo G. Cuentos parisinos. Ril editores: Santiago; 2011: 113.

7. Matesanz Martínez B. Soluciones a los problemas de adaptación de las lentes monofocales. *Monografías Gaceta Óptica* 2004; 386: 9.

8. Hagen RM & Rainer. Los secretos de las obras de arte. Taschen: Köln; 2003: 393-397.

Figura 4. *El pobre poeta* (1839) Carl Spitzweg. Neue Pinakothek, Múnich (Alemania).

Se trata, a primera vista, de un cuadro de género, típicamente costumbrista y con gusto por los detalles, herencia de la pintura holandesa del siglo XVII; pero, si lo analizamos más concienzudamente comprobaremos que Spitzweg representó de forma simplista un ejemplo de artista que puede ser interpretado tanto como imagen idílica como satírica. Los altos vuelos poéticos del protagonista, plasmado en los libros que posee, contrastan con la expresiva pobreza de su humilde residencia, en la cual vemos quemar sus anteriores obras en la chimenea para calentarse⁸.

Representación del deseo común a encerrarse entre cuatro paredes y olvidarse del mundo exterior refugiándose en los atractivos de la vida interior, o bien imagen de la realidad de muchos artistas y genios, más ocupados en realizar una obra maestra que en lograr un sustento vital adecuado, la obra de Spitzweg logra introducirse en nuestros corazones con fuerza. Personalmente, siempre que admiro esta obra, además de ver a un pobre próspero que necesita actualizar su graduación, me hace pensar en una persistente e intemporal realidad sobre los artistas: salvo existencia de mecenazgo, cultivar la cultura y la creación artística, en cualquiera de sus formas, suele conllevar penuria, pobreza y miseria para quién emprende ese camino.

BIBLIOGRAFÍA

1. Puell Marin MC. Óptica fisiológica. El sistema óptico del ojo y la visión binocular. Editorial Complutense: Madrid; 2016: 179-187.

2. Mâle E. El arte religioso de la Contrarreforma. Ediciones Encuentro: Madrid; 2001:467.